

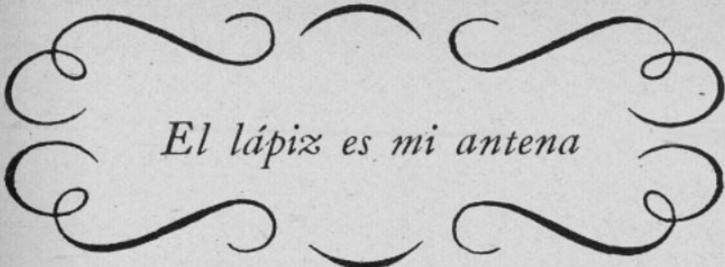
BOTICA DE TURNIO



ZIG-ZAG



Jorge Delamo (coke)



El lápiz es mi antena

La verdadera psicología de un pueblo está en los lápices de sus caricaturistas. JOSÉ FRANCÉS.

Mis caricaturas de don Arturo confirman un axioma de Oscar Wilde.

¿Por qué llamaban "Caballo" al General Ibáñez?

COMO los caricaturistas debemos entregar nuestros trabajos en día y hora determinados, necesitamos, para concebirlos, emplear ciertos estimulantes psíquicos capaces de poner en marcha automáticamente la imaginación. Hablo en plural porque supongo que la mayor parte de mis colegas debe recurrir al empleo de métodos semejantes.

Las ideas no les caen elaboradas a los caricaturistas. Yo, por ejemplo, provocho la imaginación con estímulos externos: cuando llega la hora de pensar mis "monos", debo tener el lápiz en la mano. Empiezo a trazar entonces figuras caprichosas en un block de borrador, y es así cómo "cae la idea al lápiz", cual si éste fuera una antena. Una vez atrapada, procedo a hacer un pequeño croquis de unos diez centímetros, a lo más, en proporción con el espacio determinado. Ahí compongo el dibujo, distribuyendo sus diversos elementos en forma armónica. En este primer croquis los protagonistas aparecen desnudos, para darles el movimiento apropiado. No se imagina usted lo diver-

tidos que se ven tan importantes personajes practicando el nudismo. ¡Ay, si me atreviera a reproducir uno de estos croquis! Pero no me agradaría ver a mi “Botica de Turnio” terminar en la hoguera como el número 285 de “Topaze”.

Enseguida redactó la lectura, que va sufriendo modificaciones hasta quedar comprensible para el público, con un mínimo de palabras. Después, basándome en esta composición y ademanes de los personajes, ejecuto el trabajo definitivo, generalmente a un tamaño doble del que va a ser reproducido en el periódico. Esto, con el objeto de que en la impresión las líneas en tinta china —generalmente las trazo con pincel—, al ser reproducidas en el clisé, aparezcan más finas y livianas.

En los dibujos de línea, el medio tono se marca en el original con un lápiz azul y sirve de guía para que el fotograbador aplique el “grisado”.

Es difícil, para el caricaturista político, dibujar, en esta época de hombres nuevos y fugaces, personajes a quienes no conoce ni de vista. Debemos entonces recurrir al archivo fotográfico del diario. Desgraciadamente, los dibujos hechos de este modo no resultan siempre acertados, porque el caricaturista debe conocer, por lo menos de vista, a sus víctimas. La fotografía es utilizable sólo como una referencia o, mejor dicho, para evocar la personalidad del sujeto. Como no me es posible conocer personalmente a los políticos extranjeros, tomo nota de ellos en los noticiarios cinematográficos. Sus fotografías estáticas, especialmente las de los rusos, aparecen muy idealizadas por los retocadores oficiales. A Khrushchev, por ejemplo, le quitan unos treinta o cuarenta kilos de peso. Después, al verlo en un noticiario, resultó ser un gordiflón jovial, a mi manera de ver mucho más

simpático que los retratos arreglados por los fotógrafos del Kremlin. Eso sí, sus dientes de tiburón dan la medida de su voracidad.

Pienso que el arte de la caricatura tiene un aspecto mágico; los personajes a quienes la actualidad pone permanentemente al alcance de nuestros lápices van pareciéndose, cada vez más, a sus caricaturas; tanto que muchos al



En la forma política
nadie se pique
por los votos que fobéer
sacó en Iquique:
el pueblo quisó,
e quienes hoy gobiernan,
dar este aviso.

PRECIO
UNICO EN
EL PAIS:
\$ 2.60

mirarla exclaman: "¡Pero si está hablando!" Este misterioso hechizo, que me fue posible comprobar en muchos casos, ha venido a dar la razón al paradójal aforismo de Oscar Wilde, que sostiene que "la naturaleza copia al arte". El caso más notable fue el de don Arturo Alessandri, al punto de que en

un encuentro que tuve con uno de sus ministros, éste me dijo alarmado:

—Cuando entré ayer al despacho del Presidente me sorprendió verlo igualito a las caricaturas que tú le haces.

El “León” fue, en verdad, el modelo ideal para los caricaturistas. No así su hijo Jorge, que nos ha resultado un verdadero rompecabezas... Con Gabriel González también tuvimos una seria dificultad: sólo podíamos dibujarlo de perfil, ya fuera por la izquierda o la derecha... Nos fue imposible dibujarlo de frente.

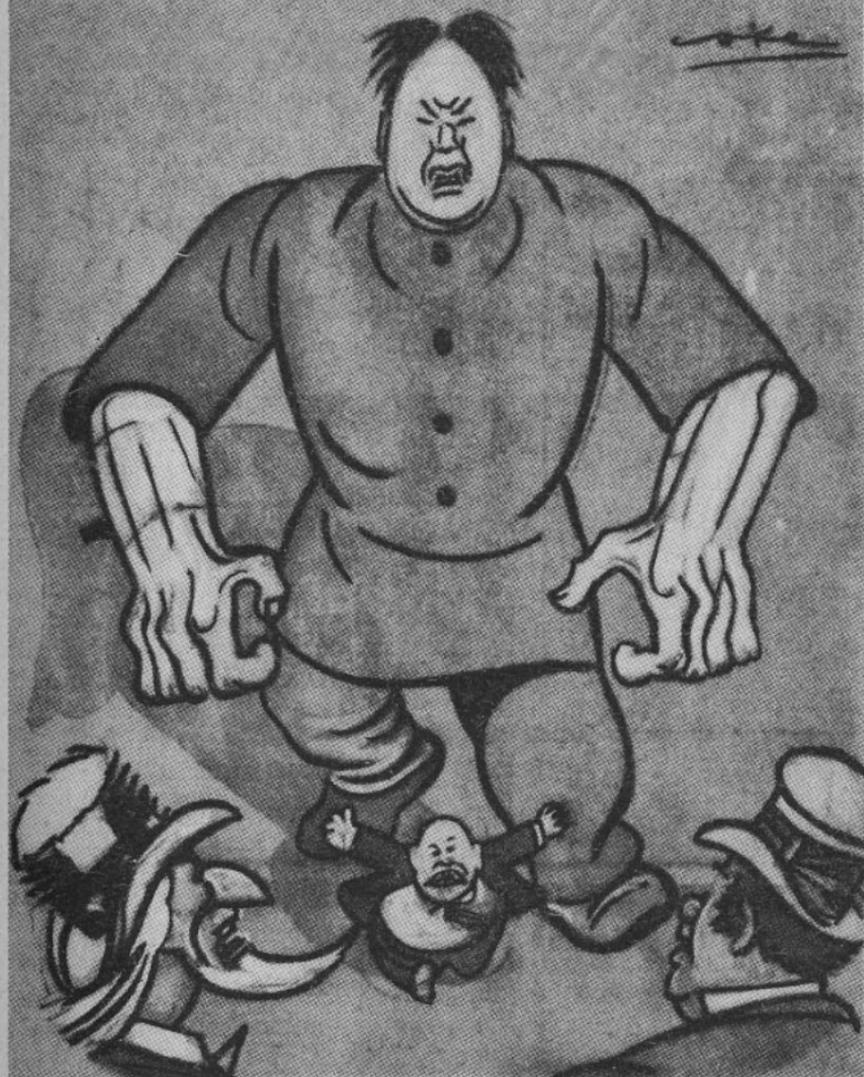
El General Ibáñez no tuvo inconveniente en terminar sus días igual a sus caricaturas. Cuando yo tenía que dibujar un león, éste aparecía con un notable aire de familia con don Arturo, y al dibujar un caballo, afloraba de la figura del equino un marcado aire con el General. Estos fenómenos deberían ser estudiados seriamente.

La noche del 5 de septiembre de 1952, en que Ibáñez ganó la elección presidencial, fui llamado por la U. P. de Nueva York. Grande fue mi sorpresa cuando el reportero me preguntó por qué le había puesto el sobrenombre de “Caballo”. Como se trataba del nuevo Presidente de Chile, tuve que decir que el sobrenombre se lo habían puesto en la Escuela de Caballería, institución que dirigió con singular acierto, y que el alias se había “generalizado”... , pero la verdad era que el mote se lo había colgado Pablo Ramírez, su Ministro de Hacienda y cuñado mío, extraordinariamente habiloso, pero muy poco serio. En una conferencia de prensa abrió la puerta del despacho y, dirigiéndose a los reporteros, les dijo:

—¡Ya pueden pasar los “huemules”!

¡Y todos entraron!

EL FRANKENSTEIN CHINO



Nikita: —¡Socorro!; ¡he creado un monstruo!
Publiqué esta caricatura en "El Diario Ilustrado", en su edición del 29 de noviembre de 1959. Vale decir, cuatro años antes de que se produjera la ruptura entre Nikita y Mao.

Salvador Allende, alias el "Chicho", eterno candidato a la Presidencia, es otro de los casos de identificación con su caricatura. Al comprobarlo, se afeitó los bigotes, creyendo con eso romper el hechizo. Fue en vano. Lo único que podría hacer para lograrlo sería dejarse crecer el bigote y la barba; pero entonces se confundiría con Fidel Castro, y esto sí que sería un acto de "magia negra", de terribles consecuencias para Chile, porque don Salvador no se parecería entonces a sí mismo, sino a la caricatura del "salvador" de Cuba.

Otro aspecto curioso del arte del caricaturista es su sentido profético. En mi larga carrera lo pude comprobar en numerosas ocasiones. Ramón Columba, el decano de los caricaturistas argentinos, lo explicaba así: "Quizá resida esta facultad en esa permanente actitud de vigía que anima al caricaturista y que, al agudizar su espíritu de observación, lo lleva a analizar el presente con vistas al porvenir. El caricaturista trabaja para el presente y a la vez para la eternidad, con los ojos puestos en el infinito".

Muchas veces la caricatura debe ser modificada en el último momento, debido a un vuelco en la política o al fallecimiento repentino del personaje dibujado, caso, entre varios, que me ocurrió cuando murió don Marmaduke Grove. Debido al apremio, los dibujos y sus correspondientes lecturas debieron ser alterados en la plancha misma (sistema Offset). El pie forzado consiste en ajustar con una leyenda apropiada la nueva versión de la actualidad.

Me tocó afrontar uno de estos "rompecabezas" en la caricatura que dibujé para "El Diario Ilustrado" con motivo del viaje de nuestro austero "Paleta" a los EE. UU. Yo dibujé al más friolento de los Presi-

dentes de Chile enfundado en su tradicional sobre todo, tan amplio, que me hace suponer que lleva "guateros de agua caliente" en su interior. Lo rebocé, por supuesto, en su infaltable bufanda.



Como todo Chile estaba preocupado por los once grados bajo cero que tendría que soportar en Norteamérica, lo pinté portando en una mano, como puede apreciarse en el primer cuadro, una estufa a parafina.

Pues bien, en el último momento, cuando el dibujo había salido camino al fotograbado, la dirección estimó poco seria la estufa... Yo alegué que, dentro del concepto caricaturesco, tal artefacto no era ofensivo; mas la disciplina periodística me obligó a entregar la oreja y remendar en minutos el dibujo, cambiando la familiar estufa por el tratado con Bolivia del año 1904, tal como aparece en el segundo cuadro.



Muchas veces me obligan a hacer modificaciones, a última hora, en la caricatura original, y es así como algunas veces la que el público ve aparece desprovista de gracia e ingenio. Esto no me ocurría en "Topaze", en que yo era el director responsable y me permitía

puncetear con mi lápiz a moros y democratacristianos...

*Cuando cambio el lápiz por el pincel.
Pintor de Presidentes.*

Dificultades para encontrar un "doble" de "Ulk".

LA caricatura es una síntesis exaltada del modelo. En cambio, el retrato es su personalidad más o menos académica y de ejecución laboriosa.

Desde muy joven yo me propuse realizar ambos géneros, sometiéndome, para el retrato, a la estricta disciplina del dibujo académico en la Escuela de Bellas Artes.

Cuando estaba frente al modelo, tenía que frenar mis ímpetus de caricaturista y, al dibujar las caricaturas, debía olvidarme que era alumno de la Escuela, dirigida en ese tiempo por el notable pintor español don Fernando Alvarez Sotomayor, a quien tanto debe la pintura chilena del primer cuarto de siglo.

Mi primer retrato al óleo fue el de don Luis Barros Borgoño, que me valió la tercera medalla en el Salón de Bellas Artes del año 1919.

En esa época yo estaba fuertemente influido por el pintor español Ignacio Zuloaga, quien solía colocar, como fondo a sus modelos, cielos tormentosos y viejos castillos.

Fue así como pinté a don Luis de chaqué y sobre todo al brazo, bajando una colina en que se alzaba un castillo. Luego empezaron los comentarios malévolos del público:

"—Este "Coke" no puede olvidarse de que es caricaturista. ¡Miren que ponerle ese castillo en el aire, que es la Presidencia de la República con que sueña don Luis!"

Efectivamente, en las elecciones presidenciales del

año 20, don Luis llegó en empate con don Arturo Alessandri. El Congreso Pleno debió darle el triunfo al León de Tarapacá.

El retrato de este cuasi Presidente me alentó a seguir pintando hombres públicos, pero los últimos modelos se sentaron efectivamente en el sillón de O'Higgins: Don Arturo Alessandri Palma, don Pedro Aguirre Cerda, don Carlos Ibáñez del Campo y don Jorge Alessandri Rodríguez. ¡Pueden, pues, los futuros candidatos ir pensando en lo beneficioso que les será encargarme su retrato al óleo! (Aprovecho la ocasión para informarles que mis precios resultan módicos al confrontarlos con el resultado.)

Don Arturo, que parecía haber olvidado las caricaturas que le había hecho durante su larga y agitada vida política, me autorizó para pintar su retrato al óleo.

Llegado el día de la primera sesión, me dirigí temprano a su residencia de la calle Phillips. Fui recibido por Riffo, mezcla de secretario privado y *valet de chambre*, y le pedí que preguntara a su ilustre patrón a qué hora podríamos iniciar el trabajo. Luego llegó con la respuesta:

—A las diez y media en punto.

—Dígale a don Arturo que se vista con un traje azul oscuro —y en tono de broma agregué—: y que se me presente “muy paquetito y de buen humor”...

Regresé a la hora fijada. Don Arturo, al saludarme con su tradicional simpatía, me dijo:

—Aquí me tiene, mi amigo, “bien paquetito y de buen humor, con mi traje azul” —Riffo le había transmitido el mensaje completo.

La sesión se inició en un plano de gran cordialidad; pero a medida que transcurría el tiempo don Arturo empezó a enojarse, recordando algunas de las cari-

caturas que le había publicado en "El Diario Ilustrado", en la época en que el rotativo conservador le presentaba tenaz oposición, hasta la titulada "Se chupó", que provocó la incineración del número 285 de "Topaze". Para apaciguarlo, pues al paso que iba la sesión llegué a temer que el retrato quedara en mero boceto, le argumentaba yo que su personalidad era tan recia que mi lápiz, lejos de disminuirla, la agrandaba, como en efecto después ocurrió.* La única caricatura que recordó con simpatía fue aquella en que lo dibujé en el consultorio del médico chino, y que, en verdad, hizo época. Su amigo Jorge Walton me dijo que cuando don Arturo hacía una jugada mala en el ajedrez, exclamaba: "¡Cabecha mala, no tiene lemedio!", frase con que el chino ponía fin a su diagnóstico...

—¿Cómo diablos supo usted que yo había visitado al chino? —me preguntó.

—Un corresponsal anónimo me lo comunicó por teléfono, don Arturo.

*Augusto Iglesias, mi tan querido amigo, Académico de la Lengua y profesor de Historia de la Cultura en la Universidad de Chile, en su documentado libro "*Alessandri, una etapa de la Democracia en América*", me dedica un encomiástico capítulo. Reproduzco la parte en que se refiere a la curiosa o, mejor dicho, misteriosa relación entre don Arturo y mi persona, y que Iglesias con tanta penetración supo captar: "En la apariencia Jorge Délano ("Coke") era enemigo de don Arturo; como en la apariencia, también, don Arturo sentía disgusto por "Coke". En el fondo no era así; dentro de sus fibras de ciudadano que al mismo tiempo es un artista, "Coke" admiraba entrañablemente a don Arturo. Sin ese objetivo tan alto y tan polifacético que le presentaba el León, "Coke" habría sido un caricaturista bueno, pero nada más. También el señor Alessandri, sin este crítico de la silueta mental, no habría tenido, me parece, esa popularidad risueña y sonora, al margen de los acontecimientos, que se refería al corazón de su pueblo, y que le dieron las revistas ilustradas donde "Coke" colaboró o donde él tuvo ingerencia. Ambos vivían, a mi juicio, dentro de una misma onda emotiva. Como si el frontón y el que tira la pelota pudieran ser considerados con alma y pasiones diversas, pero que en el juego se encuentran y completan". "Para probar la verdad encerrada en las palabras de esta nota breve, quiero recordar, solamente, que el último retrato y el mejor de cualquiera época que se le haya hecho al León lo hizo "Coke". Ese retrato es el que adorna en la actualidad la testera de la mesa en la Sala de los Presidentes del Senado de la República. Cabe añadir, por fin, que uno de los discursos fúnebres de mayor cariño pronunciados a la muerte del insigne estadista lo hizo también "Coke", pero esta vez con la voz velada por la emoción."

Cuando le propuse la idea de esta caricatura al director de "El Diario Ilustrado" —mi inolvidable amigo don Luis Silva—, en que el "León" aparecería en varios cuadros auscultado por el médico chino, le manifesté que tropezaba con una dificultad para realizarla:

—No conozco al chino y no hay fotos suyas en el archivo.

Tras una breve pausa, don Lucho me propuso que fuéramos juntos al consultorio del exótico médico. El se haría pasar por cliente. . . Y así procedimos. Mientras el chino le tomaba el pulso, único medio que usaba para diagnosticar, yo lo observaba para fijar sus rasgos en mi mente. Lo curioso fue que el diagnóstico resultó muy acertado, pues el doctor le descubrió una afección que todavía no se le había manifestado. Al despedirse, recuerdo que le recomendó: "No coma "labanitos" este año". Poco tiempo después mi director fue aquejado por la enfermedad diagnosticada por ese hijo del Celeste Imperio.

El retrato al óleo, que tuvo general aceptación, me valió el Premio Domingo Edwards en la Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Lo terminé tres meses antes del lamentado fallecimiento del Presidente que creó la pujante clase media chilena, que tanta estabilidad social le ha dado a nuestro país.

En vista del éxito, el Banco Central me encargó pintar otro, por haber sido don Arturo el creador de esta institución.

Como no deseaba hacer una simple copia del primero, me propuse pintarlo esta vez con "Ulk", el aleonado perro danés que lo acompañó en su última presidencia y que fue el aristocrático sucesor del "Tony", su humilde *fox-terrier* de la época de "la querida chusma". Mas surgió un inconveniente difícil de vencer. "Ulk", que había muerto, fue embalsamado y

puesto en la entrada del Museo de la Quinta Normal de Agricultura, en una actitud que no correspondía a la concebida por mí. Necesitaba, pues, conseguir un doble vivo del regalón de cuatro patas de don Arturo. (No es de extrañarse que los regalones de los Mandatarios tengan tantas "patas".)

Después de mucho investigar, me informaron que José Maza poseía un hijo del famoso perro presidencial, que era exactamente igual a su progenitor.

El ex presidente de las Naciones Unidas, que es un viejo y buen amigo mío, me expresó que con mucho gusto me facilitaría su perro para que me sirviera de modelo.

Desgraciadamente, el hijo de "Ulk" estaba tan achacoso, que al verme entrar en el jardín intentó atemorizarme con un ladrido, pero su vieja garganta sólo emitió un gutural estridor. No pudimos hacerlo levantarse del pasto en que estaba echado, porque las patas tampoco le obedecían. ¡El pobre estaba hecho una ruina!

Este contratiempo me obligó a continuar la búsqueda de un doble de "Ulk".

Alguien me dio el dato de que en las afueras de Santiago vivía un matrimonio danés, propietario de un perro igual al famoso "Ulk".

Una vez ubicada la quinta del matrimonio danés, me hice acompañar por un operador cinematográfico para que captara al perro en diferentes posturas.



Al franquear la verja se nos abalanzó el perrazo convertido en un auténtico león enfurecido. Como el susto es cosa viva, nos convertimos súbitamente en “tarzanes”, y en un instante nos encontramos, el fotógrafo y yo, encaramados en el cogollo de un pino, situación poco seria para un pintor de Presidentes. Inútilmente la dueña de casa le ordenaba a su perro apaciguarse. El animal se enfurecía a cada momento más, y si no hubiese sido por la agilidad con que nos trepamos al árbol salvador, no me cabe duda de que habríamos perecido triturados por los colmillos de la enfurecida fiera canina. ¡Y yo que pensaba pintarlo contemplando a su amo con una expresión cargada de ternura!

Una vez que la buena señora pudo dominar a su perrito y amarrarlo, nos explicó en su media lengua que habíamos tenido “mucho mala suerte”, porque debido a la epidemia de hidrofobia había sido necesario colocarle inyecciones antirrábicas que le producían *shocks* muy violentos.

A la semana siguiente le pregunté por teléfono si su perro estaría dispuesto a recibirnos.

—¡Oh, sí! Ahora “estando mucho tranquilo” —me respondió.

Volvimos a la quinta con las maletas portadoras de cámaras y películas. Al cruzar la reja divisamos a nuestro temperamental modelo. Al vernos paró las orejas, miró al soslayo y...



bueno, arrancó puertas adentro con la cola entre las piernas.

—¡Qué extraña ha sido esta vez su actitud! —le dije a la señora, quien nos explicó que les había tomado terror al veterinario y ayudantes que llegaban a colocarle las dolorosas inyecciones, con sus maletas parecidas a aquellas en que portábamos las cámaras.

¡El perro nos había confundido con los veterinarios! Tras paciente trabajo pudimos sacarlo de un rincón de la cocina, donde había ido a refugiarse.

Después de persuadirlo, en castellano y en danés, logramos sacarlo al jardín, en donde lo fotografiamos en diferentes actitudes.

Yo terminé con toda felicidad este nuevo retrato de don Arturo en compañía de "su" gran danés, que, como el lector verá por la reproducción, aparece dándole a su amo la más tierna de las miradas, efecto obtenido, seguramente, gracias a las inyecciones antirrábicas.

